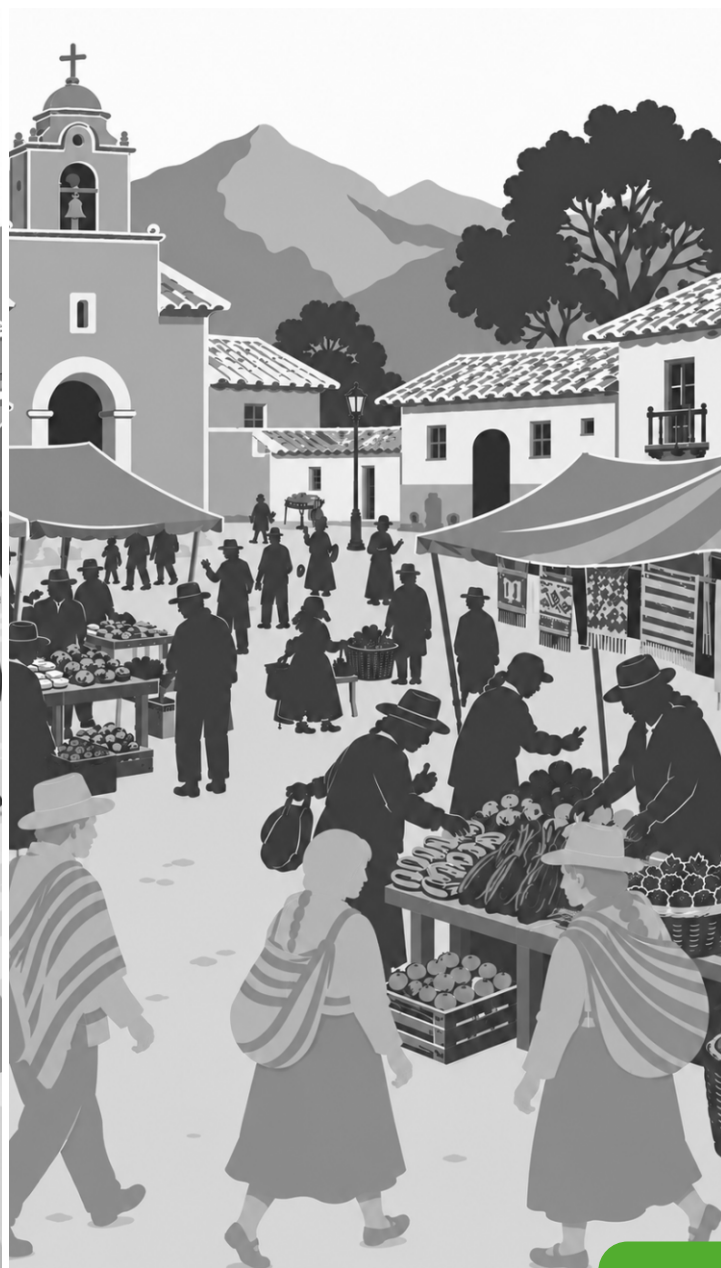




Bienestar Financiero en Perú



Cómo los
peruanos
entienden,
administran
y viven sus
finanzas



En Banco Falabella Perú creemos que el bienestar financiero empieza por entender la realidad que viven las personas: cómo toman decisiones, cómo organizan sus ingresos, cómo enfrentan imprevistos y cómo proyectan su futuro.

Por eso, impulsamos este estudio junto a Ipsos y con el apoyo de Asbanc, con el propósito de poner a disposición de la sociedad información valiosa sobre la forma en que los peruanos entienden, administran y viven sus finanzas. Estos hallazgos permiten identificar brechas concretas en conocimientos, hábitos y percepciones financieras, y abren una conversación necesaria sobre los retos que aún tenemos como país.

Sabemos que construir mayor bienestar financiero no es una tarea que pueda asumir una sola institución. Requiere colaboración, evidencia, innovación y una mirada compartida entre el sector privado, los gremios, los especialistas, las entidades públicas y la sociedad civil.

Esperamos que este estudio sea una herramienta útil para promover nuevas conversaciones, decisiones e iniciativas que contribuyan a que más peruanos puedan acceder a mejores herramientas y soluciones para fortalecer su bienestar financiero.

Matías Aranguren
CEO de Banco Falabella Perú



Bienestar Financiero en Perú

Resumen ejecutivo	04
Introducción	05
Marco conceptual	06
Aspectos metodológicos	08
Perfil de la muestra	09
Radiografía de la tenencia de productos financieros	10
Resultados	11
El mapa del (des)conocimiento financiero	11
Actitudes y creencias financieras	14
Comportamientos financieros	15
Vulnerabilidades del ecosistema digital	21
Bienestar financiero	22
Conclusiones	24
Implicancias de política	25
Referencias bibliográficas	27

Bienestar Financiero en Perú

Cómo los peruanos entienden, administran y viven sus finanzas

I. Resumen ejecutivo

El estudio presenta un diagnóstico y analiza la relación entre conocimientos, comportamientos, actitudes y bienestar financiero subjetivo en la población peruana, a partir de una muestra de 1.000 participantes a nivel nacional con representación urbana y rural. El hallazgo central es que la mayor presencia de productos financieros en la vida cotidiana de los peruanos no ha venido acompañada de un desarrollo equivalente de las capacidades necesarias para comprenderlos, compararlos y aprovecharlos. Así, aunque el 76% de la población cuenta con al menos un producto financiero, impulsado sobre todo por la adopción masiva de las billeteras móviles, solo uno de cada cinco peruanos comprende el interés simple y menos de la mitad entiende completamente para qué sirve el historial crediticio. Por eso, el estudio busca profundizar en las capacidades financieras, que pueden ser entendidas a través de los conocimientos, las actitudes y los comportamientos financieros.

A nivel de conocimientos, la comprensión de conceptos financieros es frágil y el aprendizaje resulta mayormente autodidacta. El 45% de los peruanos aprendió lo que sabe por experiencia propia, y alrededor de 4 de cada 10 consideran que su proveedor financiero no se lo explica con claridad. Esto hace que, en promedio, la población peruana desaprobe una evaluación básica de conocimientos financieros.

En actitudes, conviven una base cultural favorable al ahorro y una comprensión parcial de la utilidad de los seguros. En cambio, en comportamientos prima la brecha entre la intención y la acción. Solo el 24% lleva un control constante de sus finanzas, apenas el 48% ahorra (mayoritariamente fuera del sistema formal), y la resiliencia es baja, ya que el 37% no podría cubrir sus gastos ni un mes sin ingresos. A ello, el ecosistema digital añade una nueva vulnerabilidad, pues un porcentaje considerable ha enfrentado intentos de fraude y las prácticas de seguridad frente a ellos se siguen percibiendo como débiles.

Estas carencias, además, se distribuyen de forma desigual: las brechas territoriales, laborales y generacionales reproducen diferencias en la forma en que las personas se relacionan con el sistema financiero y en su capacidad para protegerse ante imprevistos. A nivel de política, se plantea que el enfoque debe ampliarse. No se trata únicamente de ampliar la tenencia de productos financieros, sino de fortalecer las capacidades que permiten tomar decisiones más informadas y sostener una relación más útil, segura y confiable con el sistema financiero.

II. Introducción



Toda persona enfrenta cotidianamente decisiones financieras con consecuencias materiales en su bienestar: cuánto y cómo ahorrar, si endeudarse y en qué condiciones, cómo afrontar un gasto imprevisto o cómo planificar la vejez. La calidad de estas no depende solo de los recursos disponibles, sino también de las capacidades financieras, entendidas como la combinación de conocimientos, comportamientos y actitudes que permiten a una persona decidir de manera informada y adecuada a su contexto (Atkinson & Messy, 2011; OECD, 2020; CAF, 2024). Conocer el nivel actual de estas capacidades es relevante porque constituyen el mecanismo a través del cual estas decisiones se traducen en resiliencia frente a las adversidades y, en última instancia, en bienestar.

Cuando el conocimiento es frágil y los comportamientos de gestión financiera son débiles, la consecuencia más visible es una baja resiliencia financiera: los hogares quedan expuestos ante gastos que no pueden afrontar. La pandemia de COVID-19 puso de manera contundente a prueba esta vulnerabilidad, a la vez que aceleró la digitalización de los servicios financieros y, con ella, la aparición de nuevos riesgos asociados al ecosistema digital (Banco Mundial, 2022). En un país con alta informalidad laboral y marcadas brechas territoriales como el Perú, donde el ahorro se realiza de forma irregular y en gran medida fuera del sistema formal (García, Santillán & Sotomayor, 2020), medir estas capacidades resulta particularmente urgente.

Este diagnóstico se suma a la evidencia disponible sobre cómo la población peruana se relaciona con el sistema financiero formal. Contar con servicios financieros regulados puede contribuir al desarrollo y a la reducción de la pobreza, al permitir que los hogares ordenen mejor su consumo, enfrenten imprevistos y realicen inversiones en educación, salud, negocios u otras actividades productivas (Demirgüç-Kunt & Klapper, 2012; García, Santillán & Sotomayor, 2020). En la última década, el Perú ha mostrado avances importantes en esta materia, primero por la expansión de los agentes bancarios y, más recientemente, por la masificación de las billeteras móviles, que acercaron el sistema financiero a nuevos segmentos de la población (Credicorp, 2025). No obstante, la evidencia muestra que tener un producto financiero no basta: muchas personas se bancarizan, pero no siempre logran mantener una relación activa, sostenida o más profunda con el sistema formal.

Ambos planos son, por tanto, complementarios. La literatura reconoce que la relación de las personas con el sistema financiero no depende únicamente de la disponibilidad de productos regulados, sino también de la educación financiera y de las capacidades necesarias para tomar decisiones adecuadas, con el fin último de promover el bienestar financiero y la integración económica y



social (Atkinson & Messy, 2013). Sin capacidades, la tenencia de productos puede quedarse en una relación superficial con el sistema; sin productos adecuados y disponibles, las capacidades tienen menos espacios donde ejercerse. Es la interacción entre ambos planos la que determina si el vínculo con el sistema financiero se traduce en resiliencia y bienestar.

En este contexto, el presente documento ofrece un diagnóstico integral de las capacidades financieras de la población urbana y rural, con el objetivo de

establecer una línea base nacional que aporte evidencia rigurosa al debate sobre capacidades financieras, resiliencia y bienestar financiero. Además, busca identificar las brechas entre la tenencia de productos financieros y las capacidades necesarias para comprenderlos, compararlos y utilizarlos de manera segura, caracterizar los patrones de conocimiento, comportamiento y actitud de la ciudadanía y su relación con el bienestar subjetivo, y aportar indicadores comparables internacionalmente que orienten el diseño de intervenciones de política.

El documento se organiza en cinco secciones temáticas. Tras precisar el marco conceptual y los aspectos metodológicos, y caracterizar la tenencia de productos financieros en el Perú, la sección 1 examina el mapa del (des)conocimiento financiero; la sección 2 explora las actitudes y creencias de la población; la sección 3 analiza los comportamientos financieros en la práctica; la sección 4 aborda las vulnerabilidades del ecosistema digital; y la sección 5 examina el bienestar financiero. Al final, se presentan las conclusiones y las implicancias de política.

III. Marco conceptual

Las capacidades financieras son definidas por la OECD/INFE (2020) como la combinación de conciencia, conocimiento, habilidades, actitudes y comportamientos necesarios para tomar decisiones financieras sólidas y, en última instancia, alcanzar el bienestar financiero individual (Atkinson & Messy, 2011, 2013; OECD, 2020). Así, se articulan tres dimensiones complementarias. La primera, los conocimientos, comprende la comprensión de conceptos financieros básicos y de nociones prácticas como el funcionamiento del historial crediticio, el costo del crédito o los derechos del consumidor financiero. La segunda, las actitudes, captura las disposiciones y creencias que orientan el comportamiento, como la valoración del ahorro frente al consumo presente, la percepción de autoeficacia y la confianza en el sistema financiero. La tercera, los comportamientos, abarca las prácticas efectivas de gestión del dinero: el control

de ingresos y gastos, la planificación, el ahorro, la comparación de productos antes de contratarlos y la capacidad de afrontar imprevistos (Atkinson & Messy, 2013).

La dimensión de conocimientos tiene su núcleo en la alfabetización financiera en sentido estricto, entendida como el nivel de comprensión que una persona posee sobre conceptos financieros fundamentales y su capacidad para aplicarlos en decisiones concretas. La literatura ha identificado un conjunto acotado de conceptos centrales para la toma de decisiones, las tasas de interés, el interés compuesto, la inflación y la diversificación del riesgo, y define como financieramente alfabetizada a la persona que responde correctamente a la mayoría de ellos (Klapper, Lusardi & van Oudheusden, 2015; Lusardi & Mitchell, 2014). La evidencia internacional muestra, además, que estos

conocimientos están distribuidos de manera desigual entre países y grupos sociales, con mayores carencias entre las mujeres, los hogares de menores ingresos y las personas con menor nivel educativo (Klapper, Lusardi & van Oudheusden, 2015; OECD, 2020).

La resiliencia financiera se entiende como una expresión de estas capacidades. La OECD/INFE (2020) la define como la capacidad de las personas y los hogares para hacer frente tanto a las dificultades financieras previsibles del ciclo de vida como a los choques imprevistos, como la pérdida de un ingreso, un gasto inesperado o una emergencia de salud, sin comprometer su bienestar básico. Se trata de un resultado integrador, en la medida en que resume si las capacidades financieras y los recursos disponibles se traducen, o no, en protección efectiva ante la adversidad. Una resiliencia baja significa que las personas viven expuestas a la adversidad, de modo que un único evento puede empujarlas al sobreendeudamiento, a la venta de activos o a un retroceso hacia la pobreza.

El bienestar financiero, en consecuencia, se percibe como la percepción de contar con control sobre las finanzas cotidianas, capacidad de absorber choques y margen para perseguir los propios objetivos de vida (OECD, 2020). A diferencia de los indicadores objetivos de tenencia o de ingreso, se trata de una noción subjetiva que sintetiza la experiencia de la persona con su situación financiera y que, por ello, permite contrastar si las capacidades y los recursos observados se corresponden con la vivencia efectiva de seguridad.

A estas nociones se suma la digitalización de los servicios financieros, que redefine tanto las competencias requeridas (por ejemplo, como la autonomía en el uso de aplicaciones y billeteras digitales) como los riesgos a los que se exponen los usuarios, en particular el fraude y las brechas de seguridad (OECD, 2021). Así, no constituye una dimensión separada de las anteriores, sino un plano que atraviesa las capacidades financieras y que redefine las condiciones en que estas se ejercen.

De manera transversal opera la relación de las personas con el sistema financiero formal, pues delimita el entorno en el que las capacidades pueden ponerse en práctica. La literatura suele abordar esta relación desde el concepto de inclusión financiera, entendido como un fenómeno multidimensional: Cámara y Tuesta (2014) la miden a través del uso, las barreras y el acceso a los servicios financieros, mientras que el Índice de Inclusión Financiera (IIF) de Credicorp (2025) incorpora la calidad percibida e integra las barreras dentro de la dimensión de acceso.

La literatura distingue entre la disponibilidad de servicios financieros y su aprovechamiento efectivo por parte de la población, una precisión importante porque los indicadores basados solo en la tenencia pueden sobreestimar el grado real de vinculación con el sistema: una persona puede contar con una cuenta bancaria o una billetera y, aun así, utilizarla de manera esporádica o superficial. La evidencia en el Perú confirma, además, que esta relación responde a factores estructurales, como la cercanía de los puntos de atención, el ingreso, la educación y los hábitos de planificación, que se encuentran desigualmente distribuidos en el territorio (Demirgüç-Kunt & Klapper, 2012; Talledo et al., 2018). Esta precisión importa porque los indicadores basados solo en la tenencia tienden a sobreestimar el grado real de vinculación con el sistema financiero: una persona puede contar con una cuenta bancaria o una billetera y, aun así, utilizarla de manera esporádica o superficial. La evidencia en el Perú confirma, además, que la inclusión responde a factores estructurales, como la cercanía de los puntos de atención, el ingreso, la educación y los hábitos de planificación, que se encuentran desigualmente distribuidos en el territorio (Talledo et al., 2018).

Por un lado, una relación activa con los productos financieros requiere conocimientos, comportamientos y actitudes; por el otro, las capacidades solo pueden desarrollarse y ejercerse cuando existen productos adecuados, disponibles y

confiables. Así, la exposición al sistema formal es también un espacio de aprendizaje financiero, y las

capacidades sostienen la permanencia y la profundización en ese sistema.

IV. Aspectos metodológicos

Los resultados presentados provienen de un estudio cuantitativo de alcance nacional realizado por Ipsos Perú mediante encuestas presenciales en hogares. El universo está compuesto por personas de 18 años a más de la población nacional urbana y rural. La

muestra alcanzó 1.001 encuestas, con un margen de error de $\pm 3,1\%$ a un nivel de confianza del 95%. El trabajo de campo se desarrolló entre el 29 de mayo y el 10 de junio de 2026.

FIG. 1. Ficha técnica



Elaboración: Ipsos Perú

El instrumento operacionaliza el marco de capacidades financieras en cuatro áreas de indagación, resumidas en la siguiente figura¹. La primera, Conocimientos financieros, evalúa la comprensión de conceptos nucleares - interés simple, interés compuesto e inflación -, diversificación del riesgo y familiaridad con instrumentos de uso cotidiano como el historial crediticio y las tarjetas. La segunda, Comportamientos financieros, examina prácticas efectivas de gestión del dinero: el control de gastos y la elaboración de presupuestos, los hábitos y las

formas de ahorro, así como el uso y la seguridad en los canales digitales. La tercera, Actitudes y creencias, explora las disposiciones que orientan la conducta financiera, entre ellas la preferencia temporal (presente frente a futuro), la confianza en la propia capacidad de decisión y la credibilidad en el sistema financiero. Finalmente, el área Bienestar financiero subjetivo capta la percepción de la situación financiera personal, la experiencia de ansiedad o tranquilidad frente al dinero y la capacidad autopercebida para afrontar el futuro.

¹ Las preguntas fueron adaptadas de la Encuesta de Capacidades Financieras aplicada en el Perú por la SBS y CAF (Banco de Desarrollo de América Latina y el Caribe), la cual incluye un conjunto de ítems estándar utilizados internacionalmente (OCDE/INFE). El cuestionario se complementó con preguntas elaboradas especialmente para este estudio.

FIG. 2. Variables evaluadas en el estudio



Elaboración: Ipsos Perú

V. Perfil de la muestra

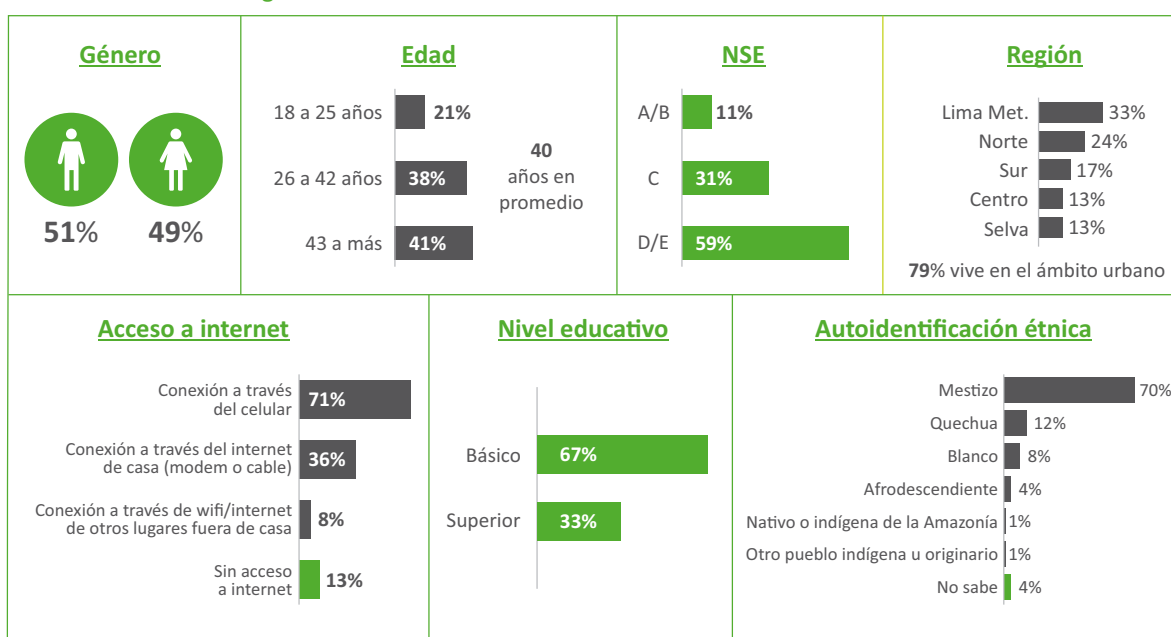
La composición de la muestra refleja la estructura de la población peruana y permite dimensionar el alcance de los resultados. Se observa una distribución equilibrada por género (51% hombres y 49% mujeres) y una edad promedio de 40 años, con un peso mayoritario de la población adulta: 41% tiene 43 años a más y 38% se ubica entre los 26 y 42 años. La autoidentificación étnica predominante es mestiza (70%), seguida de la quechua (12%).

En términos socioeconómicos, la muestra se concentra en los estratos C y D/E, que agrupan al 90% de los encuestados (31% y 59%, respectivamente),

mientras que el nivel A/B supone el 11%. Geográficamente, un tercio reside en Lima Metropolitana (33%), al que le siguen las regiones del norte (24%) y del sur (17%), y el 79% se concentra en el ámbito urbano.

En cuanto al nivel educativo, dos tercios cuentan con educación básica (67%) y un tercio, educación superior (33%). El acceso a internet se da mayoritariamente a través del teléfono celular (71%), muy por encima de la conexión domiciliar mediante wifi o cable (36%), mientras que el 13% declara no tener acceso a internet.

FIG. 3. Perfil sociodemográfico de la muestra

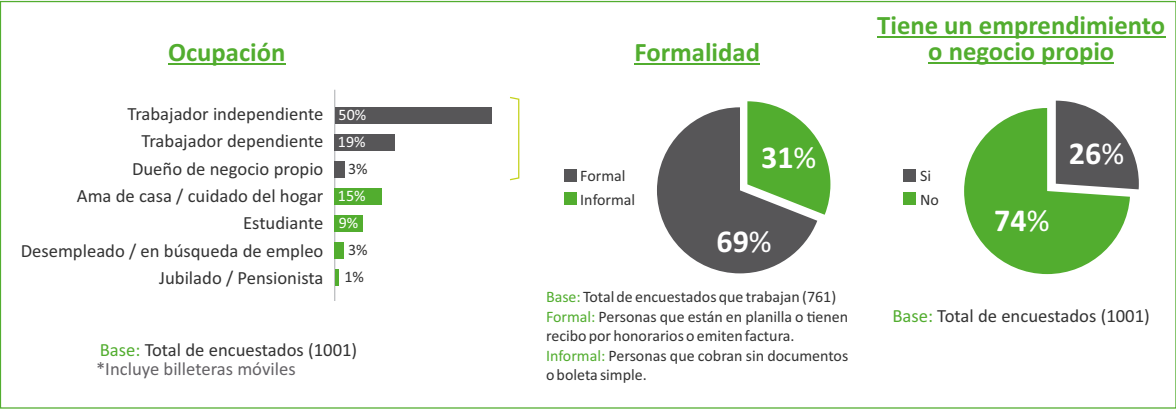


Elaboración: Ipsos Perú

Sobre su situación laboral, la mitad de la muestra se declara trabajador independiente (50%) y solo 19% trabajador dependiente, en un mercado laboral marcado por la informalidad: entre quienes trabajan, 69% lo hace de manera informal - sin

planilla, recibo por honorarios ni factura - frente a 31% en condición formal. Asimismo, uno de cada cuatro (26%) tiene un emprendimiento o negocio propio, sea o no su ocupación principal.

FIG. 4. Perfil laboral



Elaboración: Ipsos Perú

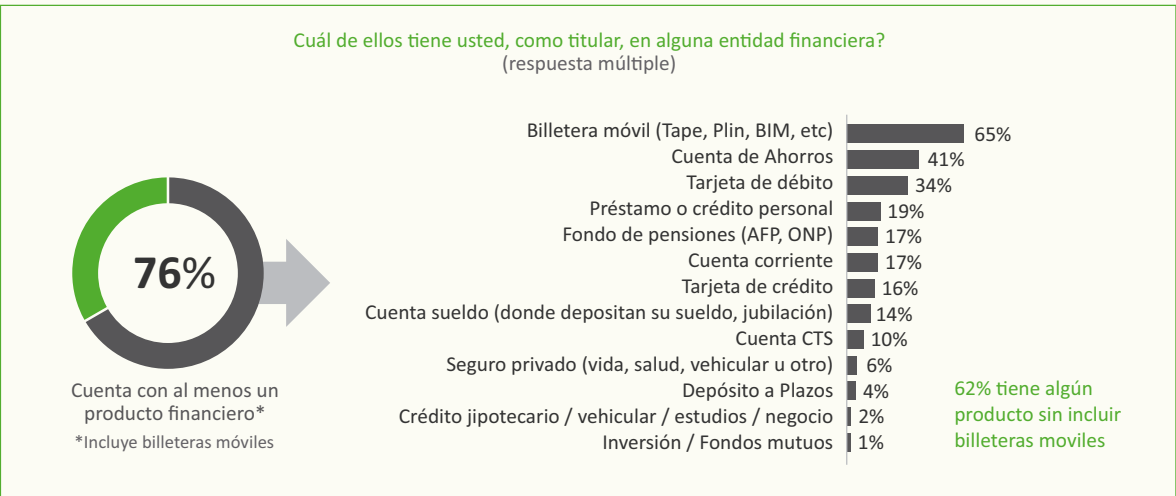
Radiografía de la tenencia de productos financieros

En apariencia, la tenencia de productos financieros resulta alta en el país: el 76% de la población peruana posee al menos un producto financiero. Sin embargo, cuando se excluye la tenencia de billeteras móviles del análisis, la cifra desciende a 62%. Esta diferencia de 14 puntos porcentuales evidencia hasta qué punto la bancarización se apoya en un único producto financiero digital.

Al desagregar los datos, la cartera de productos se estructura en tres estratos según la función que cumplen. La mayor tenencia se concentra en los productos transaccionales y de ahorro básico, que permiten recibir,

guardar y mover dinero. Entre ellos figuran las billeteras móviles, que alcanzan al 65% de la población, la cuenta de ahorros y la tarjeta de débito. Un segundo estrato, con tenencias que oscilan entre el 14% y el 19%, agrupa los productos de crédito y los vinculados a la relación laboral formal (crédito personal, tarjeta de crédito, cuenta sueldo, cuenta corriente y fondo de pensiones). En el último estrato, con tenencias del 10% o menos, se ubican los productos de acumulación patrimonial y protección: CTS, seguros privados, depósitos a plazo, crédito hipotecario y fondos mutuos.

FIG. 5. Tenencia de productos financieros (%)



Base: Total de entrevistados (1001)

F5. De los siguientes productos, por favor me podría indicar ¿cuál de ellos tiene usted, como TITULAR, en alguna entidad financiera? Responda con un SÍ o un NO a cada opción.

Elaboración: Ipsos Perú

La segmentación de la población revela que la tenencia no es homogénea y las brechas no se distribuyen de manera uniforme entre los distintos productos financieros. La brecha más marcada se observa en el ámbito territorial: la tenencia de billetera digital cae del 74% en el ámbito urbano al

32% en el rural, la cuenta de ahorros, del 47% al 15%, y la tarjeta de débito, del 38% al 17%. En contraste, en la zona urbana solo el 15% declara no tener ningún producto, mientras que en el ámbito rural esa proporción se eleva al 53%.

VI. Resultados

1. El mapa del (des)conocimiento financiero

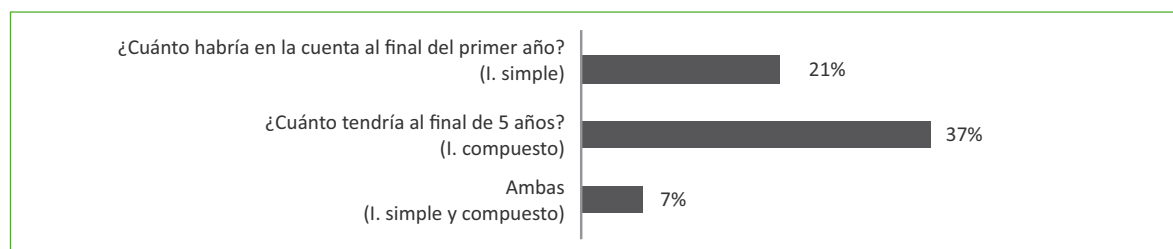
Si bien la tenencia de productos financieros transaccionales es amplia entre los peruanos, el conocimiento financiero que lo acompaña resulta frágil. Con ese fin, se evaluó entre los encuestados su dominio sobre a) interés simple y compuesto, b) inflación, riesgo y diversificación, y c) historial crediticio y tarjetas.

La comprensión del interés, que es el concepto elemental para tomar decisiones de ahorro y crédito, es marcadamente limitada: apenas el 21% resuelve correctamente un problema de interés simple y el 37% uno de interés compuesto. Al

considerar a los encuestados que lograron dar la respuesta correcta a ambas preguntas, la cifra se reduce al 7%. El porcentaje de respuestas correctas fue más alto entre hombres, urbanos, con educación superior o con empleo formal.

El hecho de que una fracción tan pequeña de la población entienda cómo crece (o cuesta) el dinero en el tiempo constituye una restricción crítica para la toma de decisiones crediticias informadas, y concuerda con las brechas de alfabetización financiera documentadas a nivel global (Lusardi & Mitchell, 2014; Klapper et al., 2015).

FIG. 6. Comprensión del interés simple y compuesto (% de respuestas correctas)



Base: Total de encuestados (1001)

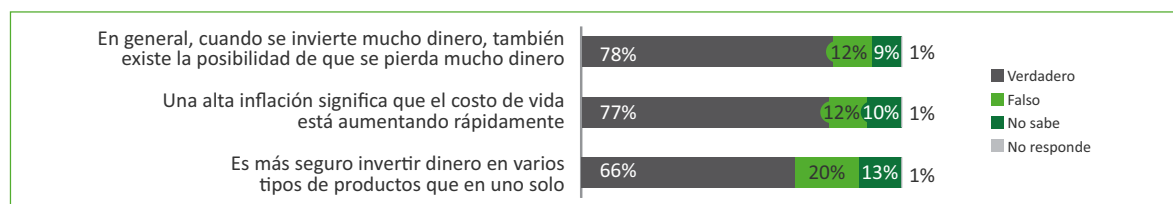
K1-2. Suponga que deposita S/ 100 en una cuenta de ahorros con una tasa de interés de 2% anual y no retira ni deposita nada más.

Elaboración: Ipsos Perú

Respecto de la inflación, riesgo y diversificación, el panorama es algo más favorable: La mayoría reconoce la relación entre riesgo y rentabilidad (78%) y comprende la noción de inflación (77%). Sin embargo, un tercio de los encuestados desconoce el

principio de diversificación. La comprensión de todos estos conceptos es sistemáticamente mayor entre la población urbana, de educación superior y bancarizada, lo que refuerza el carácter estructural de las brechas de conocimiento.

FIG. 7. Comprensión de la inflación, riesgo y diversificación (%)



Base: Total de encuestados (1001)

Elaboración: Ipsos Perú

El desconocimiento se agudiza en las nociones de mayor relevancia práctica, como el historial crediticio y el crédito. Menos de la mitad de la población comprende completamente para qué sirve el historial crediticio, lo que limita su capacidad para negociar mejores condiciones. Entre quienes poseen tarjeta de crédito, pocos conocen los costos reales de disposición de efectivo (34%) y las consecuencias del pago mínimo (69%), lo que los expone a un riesgo de sobreendeudamiento.

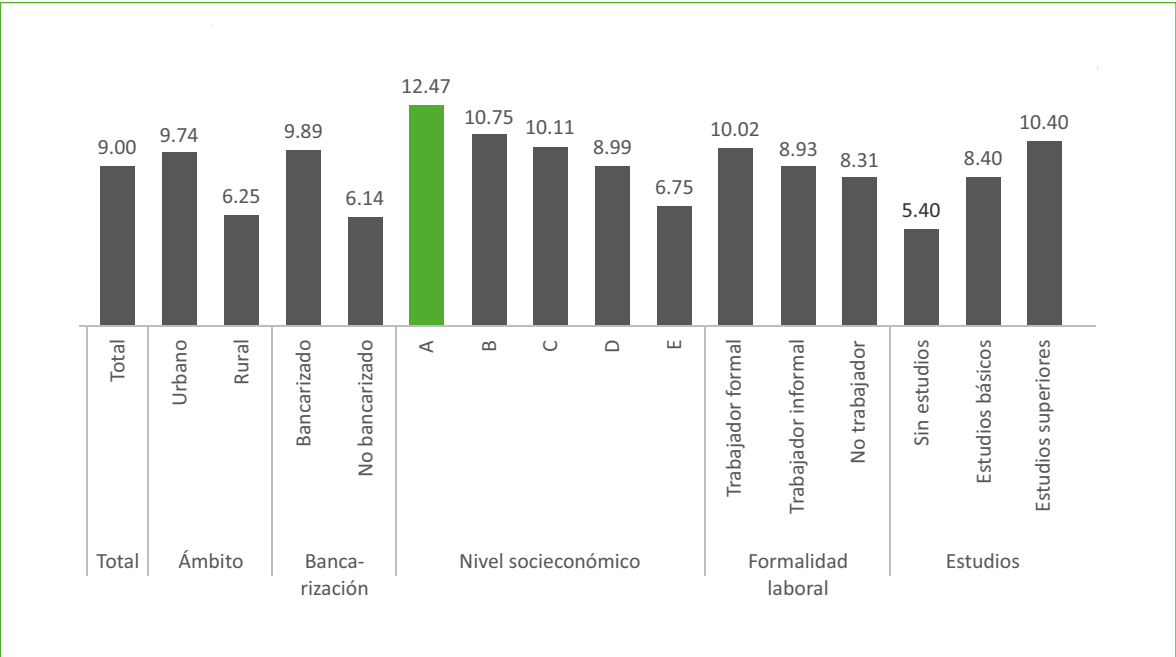
A esto cabe añadir el conocimiento de los derechos del consumidor financiero. En este caso, uno de cada cinco peruanos no sabe dónde presentar un reclamo ante un problema con su entidad financiera, proporción que es mayor en población rural, con estudios básicos, o con empleo informal. Este desconocimiento es especialmente preocupante en un contexto de creciente digitalización y mayor presencia de productos financieros en la vida cotidiana.

Para sintetizar estos hallazgos en una medida única, se construyó un puntaje a partir de las preguntas

evaluadas, asignando un punto por respuesta correcta y reescalando el puntaje total a una escala vigesimal del 0 a 20. Así, se obtiene que el puntaje promedio nacional alcanza apenas 9 puntos, por debajo del umbral de aprobación (11) que regía convencionalmente en el sistema educativo peruano. En promedio, la población peruana desaprueba una evaluación básica de conocimientos financieros.

El puntaje aumenta con el nivel socioeconómico (de 6.75 puntos en el estrato E a 12.47 en el A) y con la educación (de 5.40 entre quienes no tienen estudios a 10.40 entre quienes alcanzaron educación superior). Asimismo, las brechas son marcadas según ámbito (9.74 urbano frente a 6.25 rural) y bancarización (9.89 frente a 6.14 entre no bancarizados). Por el contrario, ni el género (9.27 en hombres frente a 8.73 en mujeres) ni la edad (entre 8.89 y 9.13 según el grupo etario) arrojan diferencias estadísticamente significativas.

FIG. 8. Nota de conocimiento financiero

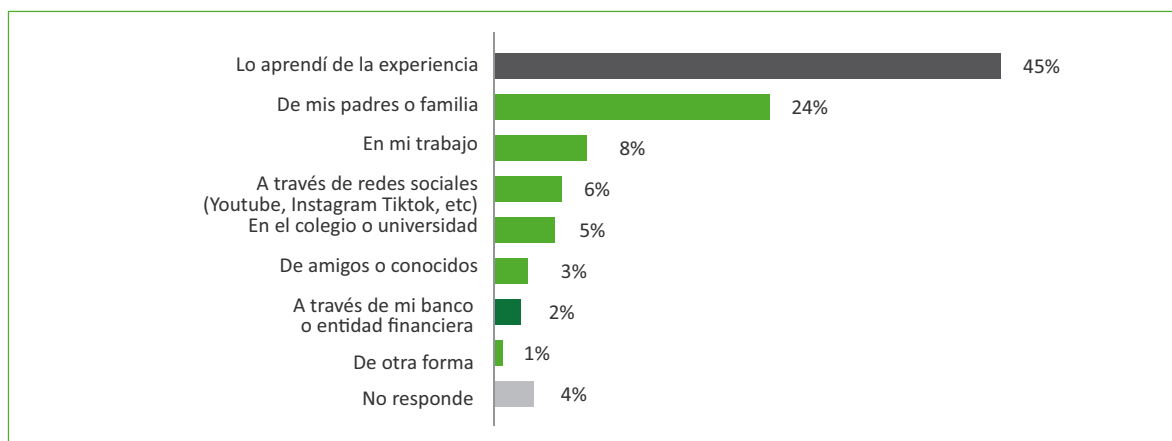


Base: Total de entrevistados (1001)
Elaboración: Ipsos Perú

En conjunto, el déficit de conocimientos financieros es generalizado, pero se agudiza de manera sistemática entre la población rural, no bancarizada y de menor nivel socioeconómico y educativo. Esto obedece, en parte, a que el aprendizaje financiero

de los peruanos es fundamentalmente autodidacta: el 45% aprendió por la propia experiencia y el 24% en su entorno familiar, mientras que apenas el 5% lo hizo en el sistema educativo formal y el 2% a través de una entidad financiera.

FIG. 9. Principal fuente de aprendizaje financiero (%)



Base: Total de entrevistados (1001)

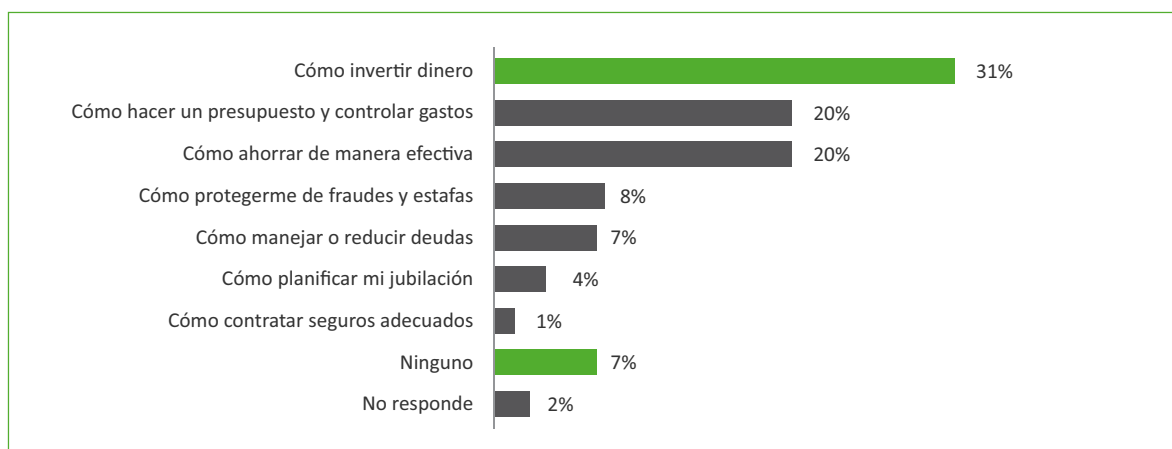
B3. ¿Cómo aprendió principalmente lo que sabe sobre el manejo del dinero?

Elaboración: Ipsos Perú

Además, solo el 21% de quienes tienen algún producto financiero percibe que su entidad les explica con claridad los productos, costos y condiciones. Así, una parte importante del aprendizaje financiero parece producirse fuera de los canales formales de educación y también de la interacción con las entidades financieras. No sorprende, en este marco, que el mayor interés

educativo se concentre en cómo invertir (31%), seguido de cómo elaborar un presupuesto (20%) y cómo ahorrar de manera efectiva (20%). Este interés, sin embargo, se concentra en la población de mayor capacidad adquisitiva. Por el contrario, el interés en cómo manejar o reducir deudas es mayor en población rural, no bancarizada y de menor nivel socioeconómico.

FIG. 10. Temas de interés en aprendizaje financiero (%)



Base: Total de entrevistados (1001)

B5. Si pudiera aprender sobre un tema financiero, ¿cuál elegiría como principal?

Elaboración: Ipsos Perú

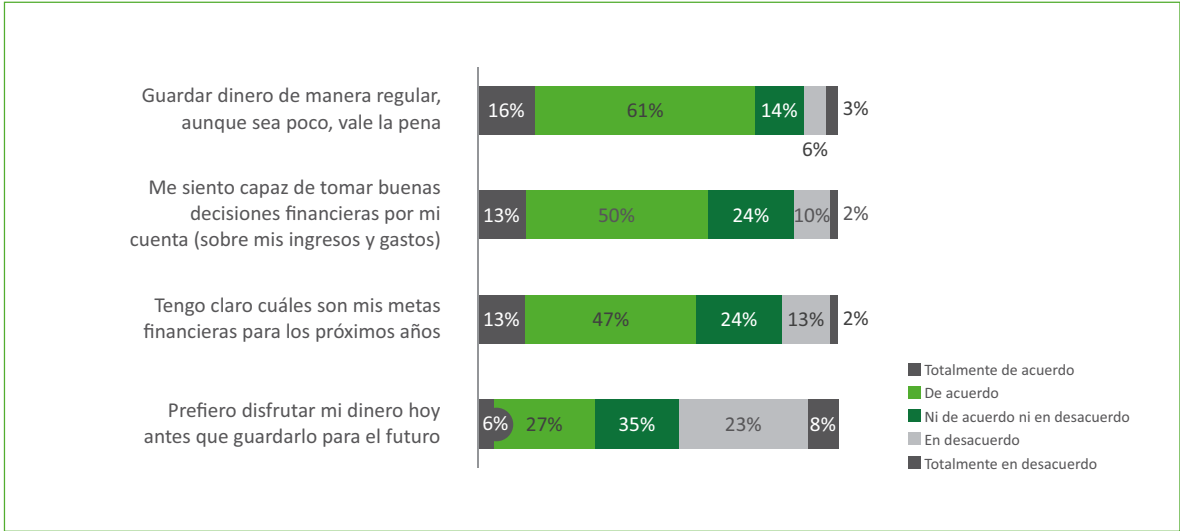
2. Actitudes y creencias financieras

Las actitudes de la población revelan una base cultural favorable al ahorro que, por diversas razones y barreras, no siempre consigue traducirse en conducta. Hay un consenso amplio sobre el valor de ahorrar de manera regular (77%), pero la capacidad de decisión autónoma y la claridad de las metas financieras disminuyen progresivamente: solo el 63% se siente capaz de tomar buenas decisiones financieras por su cuenta y el 60% tiene claras sus metas financieras. La distancia entre

valorar el ahorro y sentirse capaz de gestionarlo señala una necesidad de acompañamiento más que de convencimiento, y subraya el papel mediador de las actitudes entre el conocimiento y la acción (Atkinson & Messy, 2013).

Esta tensión se manifiesta también en la orientación temporal: un tercio de la población (33%) declara preferir disfrutar del dinero hoy antes que guardarlo para el futuro, disposición que ayuda a explicar la dificultad para construir patrimonio a largo plazo.

FIG. 11. Situación financiera actual



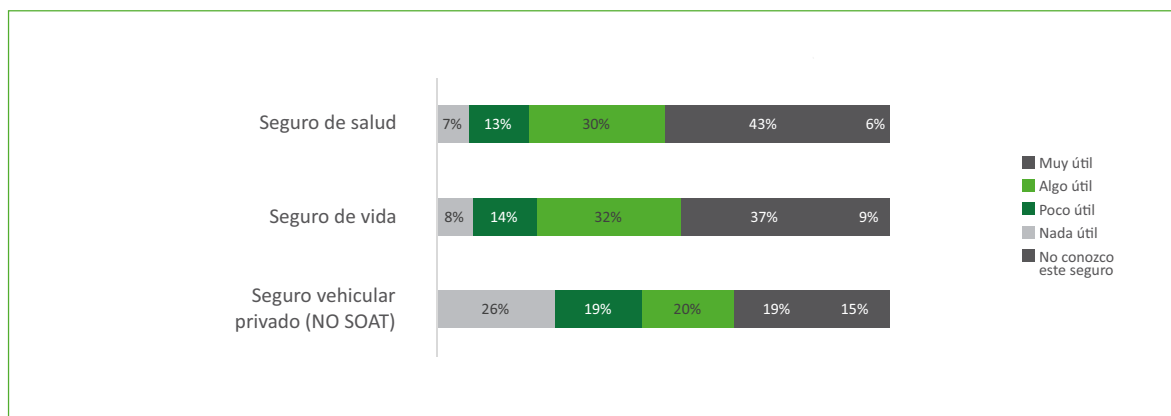
En materia de protección, la valoración de los seguros es parcial: se reconoce la utilidad de los seguros de salud (73%) y de vida (69%), pero no la de instrumentos de protección patrimonial, como el

seguro vehicular privado (39%), lo que evidencia una comprensión incompleta de la gestión integral del riesgo.

Sin embargo, parte de la valoración de un seguro patrimonial como el vehicular obedece a que no toda la población posee los activos que estos instrumentos protegen ni tiene las mismas facilidades para acceder a uno, por lo que la cifra refleja

también su relevancia desigual. El acuerdo con su utilidad es mayor entre las personas con estudios superiores (48%), de nivel socioeconómico alto (50%) y con trabajo formal (52%).

FIG. 12. Actitud ante los seguros (%)



Base: Total de entrevistados (1001)

A2. ¿Qué tan útil considera tener cada uno de los siguientes seguros para protegerse ante imprevistos económicos?

Elaboración: Ipsos Perú

En conjunto, las actitudes de los peruanos dibujan una disposición ambivalente hacia lo financiero. En ellas conviven una base cultural favorable hacia el ahorro y la protección con una autoeficacia limitada, una comprensión parcial del riesgo y una descon-

fianza extendida hacia el sistema. Estas actitudes ayudan a explicar por qué la sola tenencia de productos y el conocimiento financiero no bastan, por sí solos, para traducirse en bienestar financiero.

3. Comportamientos financieros

El comportamiento financiero de la población se caracteriza por una brecha entre la intención y el logro: se planifica mucho más de lo que se consigue ahorrar. Una mayoría declara planificar sus gastos mensuales (62%), pero solo el 18% cumple siempre sus objetivos de ahorro y apenas la mitad (52%) lo logra al menos de manera ocasional. La intención de ordenar las finanzas está presente, pero el ahorro efectivo no termina de concretarse.

Así, solo el 24% declara haber llevado un control constante de sus ingresos y gastos en los últimos 12

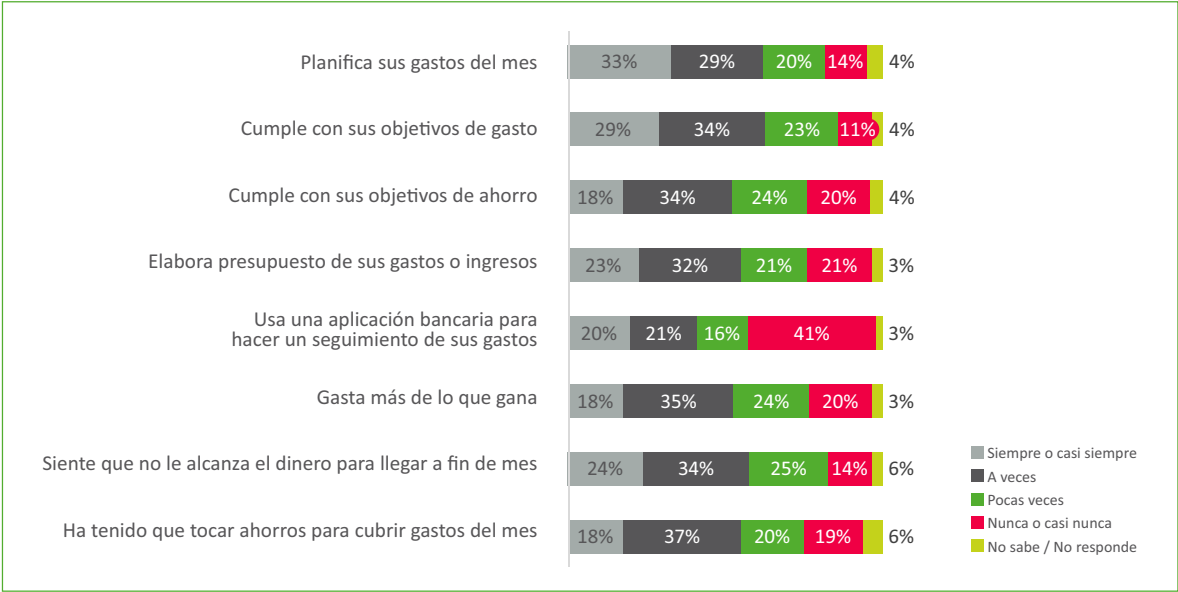
meses, apenas 23% elabora un presupuesto de forma habitual y solo el 41% de quienes tienen algún producto financiero utiliza una aplicación bancaria ocasionalmente para hacer seguimiento de sus gastos. Dicho de otra manera, los instrumentos que ayudan a registrar, presupuestar o monitorear el gasto tienen un uso poco arraigado entre la población, lo que a la larga podría traducirse en un menor ahorro.

Esta falta de gestión financiera no se distribuye de manera uniforme. Es más pronunciada en los niveles

socioeconómicos más bajos (56%), entre los trabajadores informales (50%) y entre la población no bancarizada (58%). La estratificación alcanza también a la capacidad misma de planificar: mientras que el 81% de los trabajadores formales y el 77% de quienes tienen educación superior declaran planificar sus gastos, la proporción desciende notablemente en los segmentos de menores recursos. Planificar y cumplir metas, lejos de ser una simple cuestión de disciplina individual, aparecen condicionados por la condición estructural de las personas: se puede ordenar mejor cuando el ingreso es más predecible o constante.

Algunas señales de tensión financiera ayudan a entender por qué la meta de ahorro rara vez se cumple: el 53% gasta con regularidad más de lo que gana, el 58% siente que el dinero no le alcanza para llegar a fin de mes y el 55% ha tenido que recurrir a sus ahorros para cubrir gastos corrientes. Este último dato es especialmente revelador, porque recurrir a los ahorros para cubrir gastos ordinarios es más frecuente entre los bancarizados (60%) y los emprendedores (65%). Esto sugiere que estar dentro del sistema o tener un negocio propio, o inclusive una mayor planificación, no protege completamente de los imprevistos del flujo mensual.

FIG. 13. Planificación y cumplimiento financiero (%)



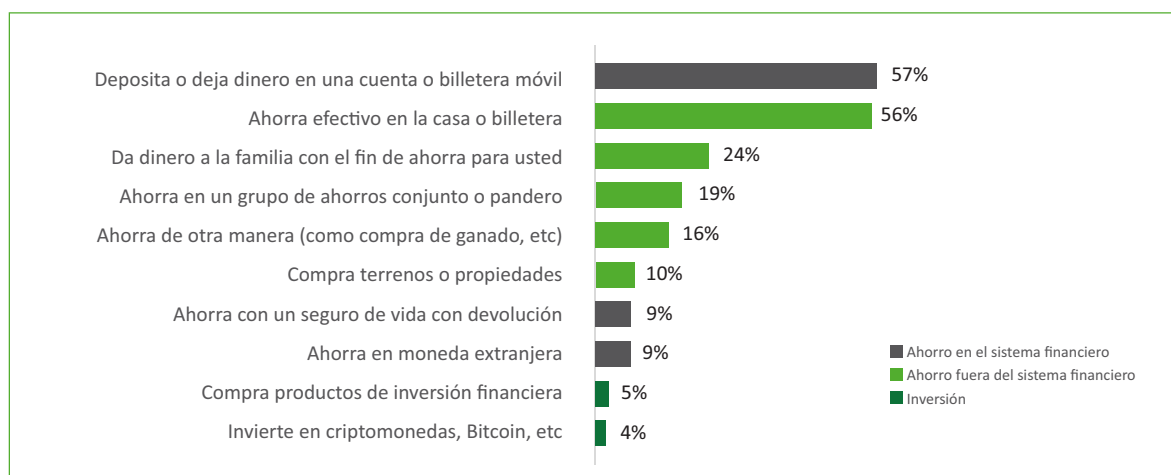
Base: Total de entrevistados (1001)
 *Base: Total de entrevistados que cuentan con al menos un producto financiero (764)
 C2. ¿Con qué frecuencia diría que...?
 Elaboración: Ipsos Perú

El ahorro, en consecuencia, es minoritario y precario: menos de la mitad de los peruanos ahorró en los últimos doce meses (48%), práctica liderada por los jóvenes de 18 a 25 años (59%) y por los segmentos de mayor nivel socioeconómico (72%).

Un rasgo distintivo es el peso del ahorro informal. Entre quienes ahorran, el 74% lo hace fuera del sistema financiero: guardando efectivo en casa

(56%), entregando dinero a familiares (24%) o participando en juntas y panderos (19%). Por el contrario, el 61% ahorra dentro del sistema, incluyendo cuentas y billeteras (57%). Esta modalidad es mayor entre personas urbanas (68%), con educación superior (75%), y con trabajo formal (79%). También se registran formas de ahorro con fines de inversión, como la compra de productos de inversión (5%) y de criptomonedas (4%).

FIG. 14. Prácticas de ahorro



Base: Total de entrevistados que ahorran (480)

C3A. En los últimos 12 meses, ¿usted ha ahorrado de cualquiera de las siguientes formas? Por favor, no tenga en cuenta algún dinero pagado en un fondo de pensión, pero piense en todas las formas de ahorro tales como inversión, crear un fondo contra cualquier gasto inesperado o guardar dinero para una ocasión especial, aunque sea poco.

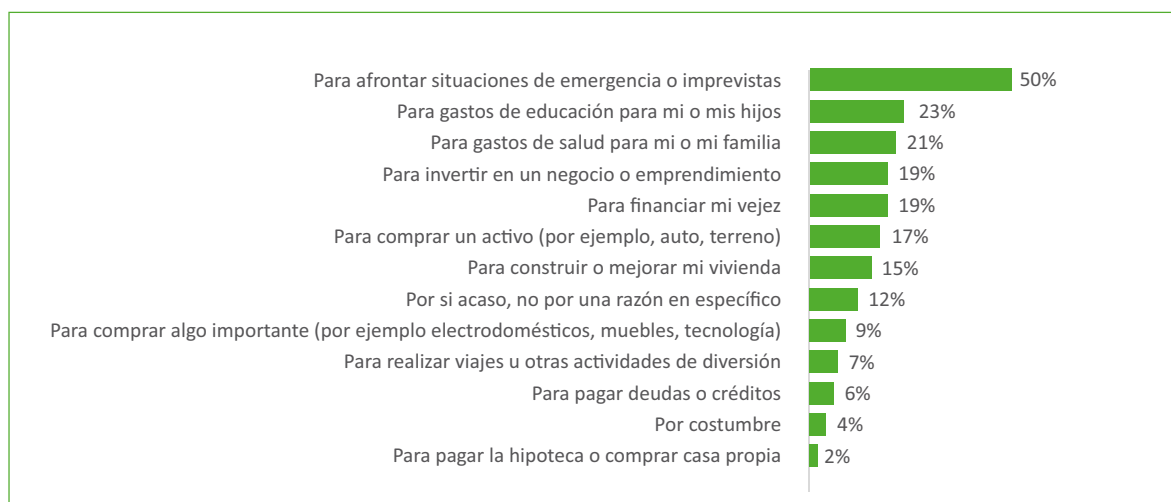
Elaboración: Ipsos Perú

El motivo predominante del ahorro es la precaución ante emergencias (50%), por encima de objetivos de crecimiento patrimonial, un patrón consistente con lo documentado previamente para el Perú (García, Santillán & Sotomayor, 2020). Le siguen otros motivos como gastos en educación (para uno mismo o para sus hijos) (23%), salud (21%) o emprendimiento (19%). El ahorro para la educación es mayor en mujeres que en hombres.

Entre quienes ahorran, solo el 19% declara ahorrar para su vejez, una cifra que confirma el predominio

de una lógica de corto plazo sobre la planificación del retiro. En un contexto de alta informalidad laboral y escasa protección social, donde una fracción reducida de la población cuenta con una pensión, el ahorro tiende a operar como sustituto de los mecanismos formales de aseguramiento, atendiendo lo urgente antes que lo importante (García, Santillán & Sotomayor, 2020). En consecuencia, una meta distante y de mayor envergadura queda relegada entre quienes menos respaldo institucional tendrán para afrontarla.

FIG. 15. Razones de ahorro (%)



Base: Total de entrevistados que ahorran (480)

C3C. ¿Por qué ahorra? ¿Alguna otra razón?

Elaboración: Ipsos Perú

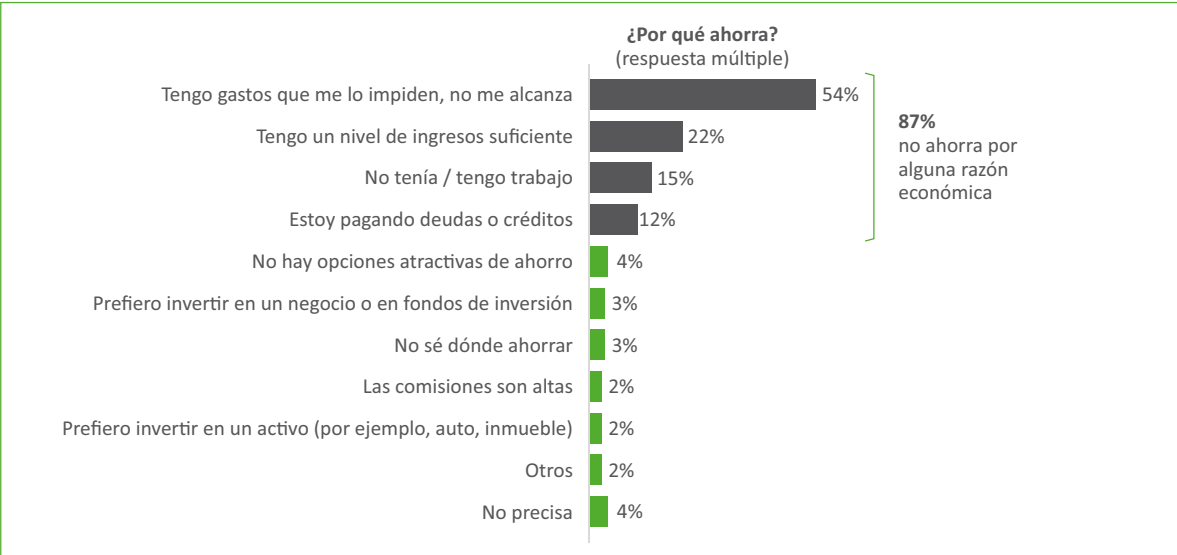
Entre quienes no ahorran (52%), el 87% aduce motivos económicos: sencillamente, el ingreso no alcanza. Razones como los gastos cotidianos que lo impiden (54%), un nivel de ingresos insuficiente (22%), la falta de trabajo (15%) y el peso de deudas o créditos por pagar (12%), dibujan un panorama en el que no ahorrar no es tanto una decisión como una imposibilidad.

Por otro lado, las razones atribuibles a las deficiencias del sistema financiero o al desconocimiento son marginales. Solo el 4% señala que no hay opciones atractivas de ahorro, apenas el 3% no sabe dónde ahorrar y el 2% menciona las comisiones altas. Dicho de otro modo, para quienes no ahorran,

la barrera que realmente opera no es la falta de información ni el diseño de los productos, sino la ausencia de un excedente que pueda ahorrarse.

Este patrón se concentra, además, en los segmentos estructuralmente más vulnerables. La proporción que no ahorra se eleva entre la población rural (61%), los niveles socioeconómicos más bajos (60%), los adultos de 43 años a más (61%) y, de manera especialmente aguda, entre quienes no trabajan (68%) y los no bancarizados (69%). La capacidad de ahorrar aparece así acotada por la posición económica de las personas (García, Santillán & Sotomayor, 2020).

FIG. 16. Razones de no ahorro (%)



Base: Total de entrevistados que no ahorran (517)
C3B.¿Por qué no ahorra?
Elaboración: Ipsos Perú

La consecuencia de estos patrones es una baja resiliencia financiera. Esta se define como la capacidad de una persona u hogar para absorber un choque económico - ya sea la pérdida de un ingreso, un gasto inesperado o una emergencia de salud - y recuperarse sin comprometer su bienestar ni recurrir a estrategias que agraven su situación. Dicho concepto permite observar si las herramientas financieras disponibles, el conocimiento y los comportamientos se traducen, o no, en protección efectiva ante la adversidad (OECD, 2020). Una

resiliencia baja significa que las personas viven expuestas: un único evento adverso puede empujarlas al sobreendeudamiento, a la venta de sus activos o a un retroceso hacia la pobreza.

Al preguntarle a los encuestados a qué fuente recurrirían ante una emergencia equivalente a aproximadamente una remuneración mínima vital (S/ 1000), solo el 26% recurriría a sus propios ahorros, mientras que una proporción similar (24%) dependería de familiares o amigos y el 15% optaría

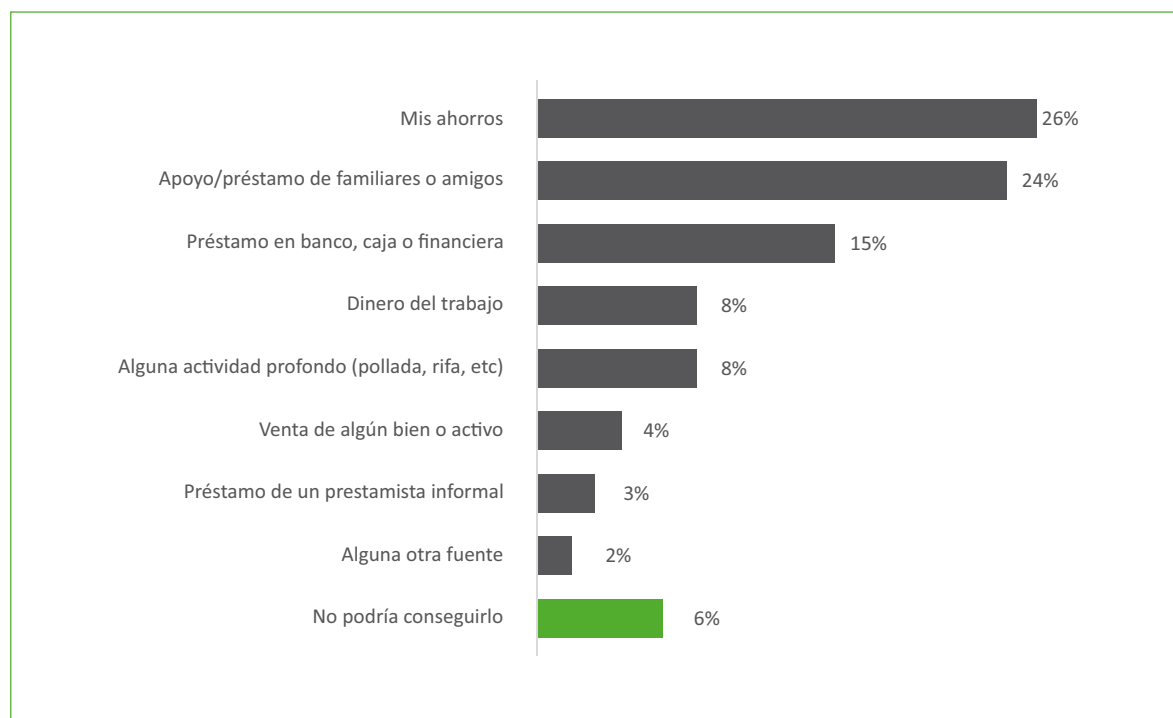
por un préstamo. La composición de estas fuentes revela la fragilidad de la autonomía financiera en el país. El hecho de que solo uno de cada cuatro recurriría a sus propios ahorros implica que cerca de tres cuartas partes de la población dependería de recursos externos o precarios para afrontar una emergencia modesta.

Se aprecia que el sistema financiero formal cumple un papel menor, lo que contrasta con los niveles de bancarización reportados anteriormente y confirma que tener un producto no equivale a contar con una protección financiera funcional. Otras estrategias, como recurrir al dinero del trabajo (8%), vender un

bien o activo (4%) o acudir a un prestamista informal (3%) resultan especialmente costosas, ya que erosionan el patrimonio o tienden a profundizar la vulnerabilidad en lugar de aliviarla.

Como es de esperar, la fragilidad no se distribuye por igual: la posibilidad de recurrir a ahorros propios es mucho mayor entre los trabajadores formales (43%) que entre los informales (25%) o quienes no trabajan (12%), mientras que la imposibilidad de reunir el monto se concentra en la población rural, desocupada y no bancarizada. Asimismo, se observa una diferencia entre la disponibilidad de ahorros entre hombres (29%) y mujeres (22%).

FIG. 17. Fuentes de dinero en caso de emergencia (%)



Base: Total de entrevistados (1001)

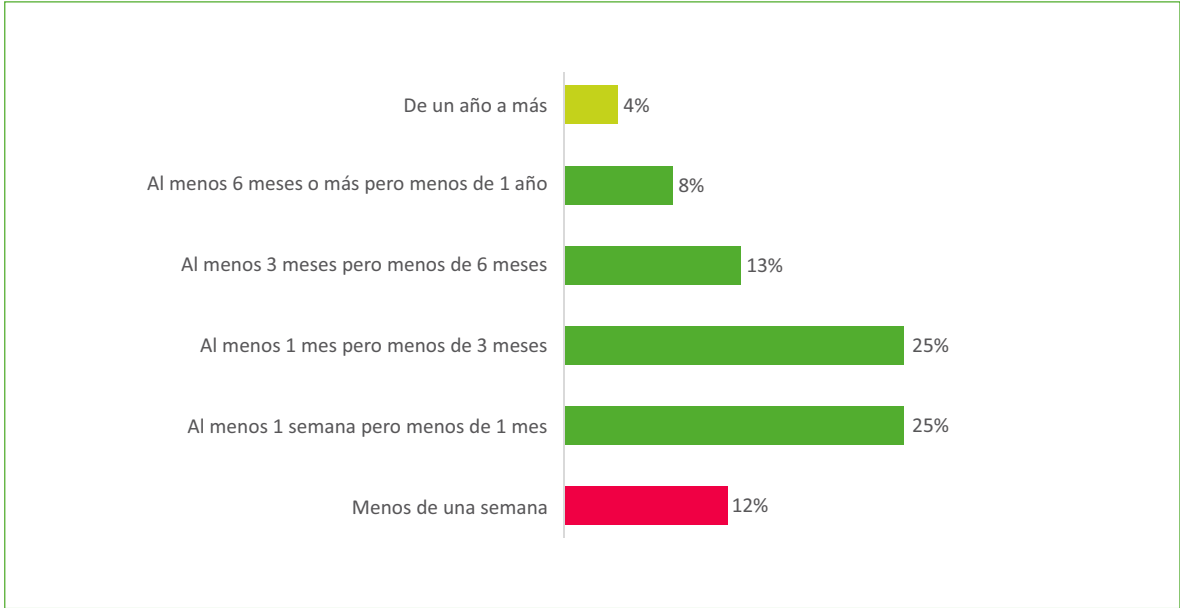
C4. Si usted tuviera que conseguir S/ 1,000 (aproximadamente una remuneración mínima vital) en los próximos 30 días por una emergencia, ¿cuál sería su principal fuente?

Elaboración: Ipsos Perú

De manera más contundente, el 37% no podría cubrir sus gastos habituales ni un solo mes si dejara de percibir ingresos. En línea con lo anterior, se aprecia que buena parte de los peruanos no solo

carece de recursos para afrontar un gasto imprevisto, sino que tampoco podría sostener su consumo corriente ante una interrupción, por breve que sea, de sus ingresos.

FIG. 18. Cobertura de gastos en caso de pérdida de ingresos (%)



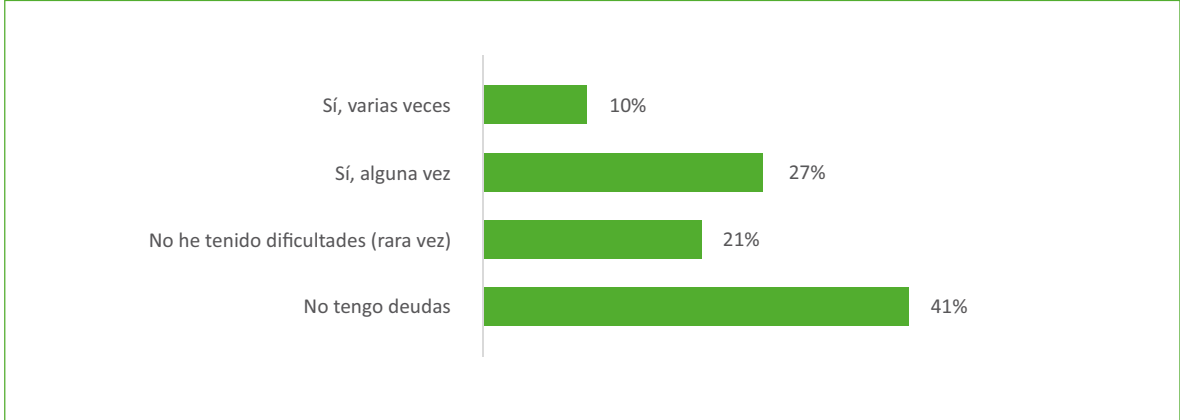
Base: Total de entrevistados (1001)
C6. Si dejara de percibir ingresos hoy mismo, ¿por cuánto tiempo podría cubrir sus gastos habituales sin pedir un préstamo?
Elaboración: Ipsos Perú

Otro indicador utilizado para evaluar la resiliencia financiera fue la dificultad para pagar deudas en el último año. Al respecto, el 37% de los peruanos indica haber tenido dificultades para pagar sus deudas al menos alguna vez. En este marco, la elevada proporción que declara no tener deudas (41%) no debe leerse necesariamente como una señal de salud financiera. La ausencia de deuda admite dos interpretaciones opuestas: puede

reflejar que no se necesita financiamiento, o bien que no se puede acceder a él.

La evidencia analizada hasta el momento inclina la balanza hacia esta segunda lectura para una porción importante de la población: la baja tenencia de productos crediticios y la incidencia del préstamo de familiares o de prestamistas informales ante emergencias, sugieren que no endeudarse es, en muchos casos, un reflejo de no poder hacerlo.

FIG. 19. Dificultades para el pago de deudas (%)



Base: Total de entrevistados (1001)
C6. Si dejara de percibir ingresos hoy mismo, ¿por cuánto tiempo podría cubrir sus gastos habituales sin pedir un préstamo?
Elaboración: Ipsos Perú

4. Vulnerabilidades del ecosistema digital

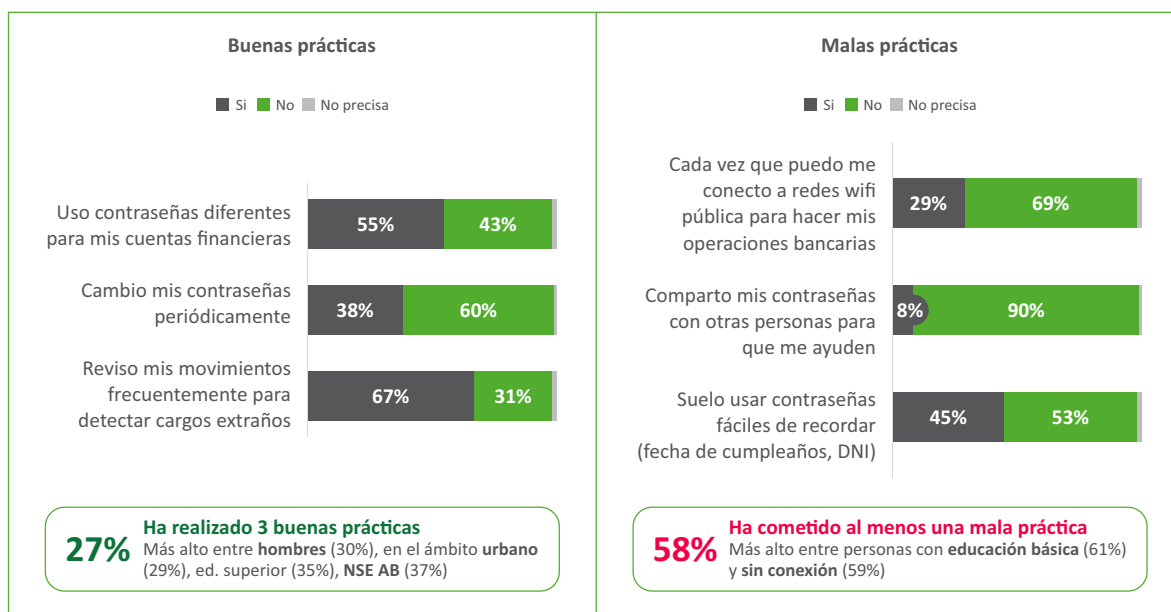
La digitalización de los servicios financieros introduce, al mismo tiempo, nuevas oportunidades y riesgos (OECD, 2021). El 76% de las personas ya cuenta con autonomía digital, lo que significa que pueden gestionar sus finanzas de forma independiente a través de canales digitales. Sin embargo, esta capacidad se manifiesta de manera desigual al examinarla por estratos: la necesidad de asistencia se concentra en los adultos de 43 años a más (25%) y en los niveles socioeconómicos más bajos (22%). La misma tecnología que acerca los servicios financieros a más personas pueden, por tanto, profundizar la exclusión de quienes carecen de competencias digitales.

Las prácticas de seguridad son un punto especialmente débil. Para este estudio se evaluó la prevalencia de buenas prácticas, tales como el

cambio de contraseñas y el monitoreo de movimientos, así como las malas prácticas, como usar redes públicas para realizar operaciones bancarias o compartir contraseñas.

En cuanto a las buenas prácticas, se encontró que solo la mitad de los peruanos utiliza contraseñas distintas para sus cuentas financieras y un tercio cambia sus contraseñas periódicamente. Por el contrario, en relación con las malas prácticas, el 69% reporta realizar operaciones bancarias desde redes wifi públicas, el 53% usa contraseñas fáciles de recordar e, incluso, el 90% comparte sus contraseñas con otras personas. Esto hace que, en conjunto, el 58% de los peruanos haya incurrido en al menos una mala práctica de seguridad. Este porcentaje es más alto entre personas con educación básica (61%)

FIG. 20. Prácticas de seguridad digital (%)

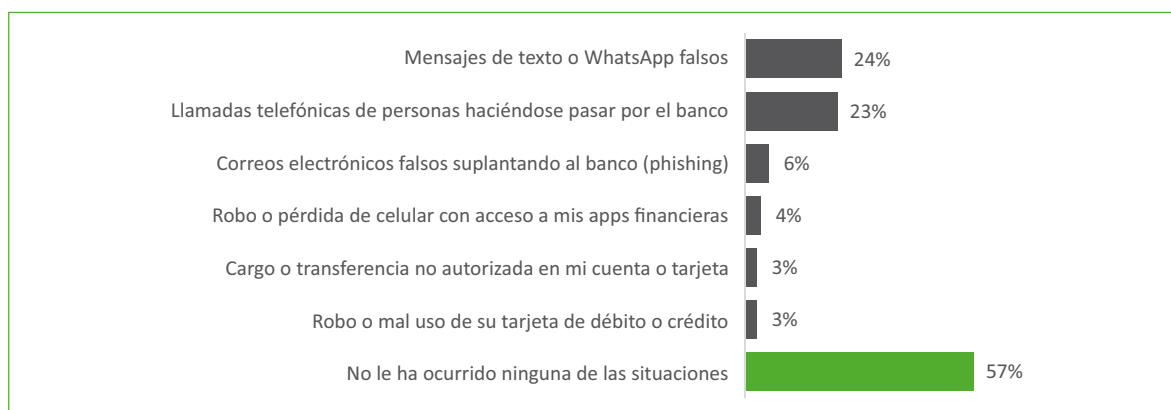


Base: Total de encuestados que cuentan con al menos un producto financiero (764)
FD2. ¿Cuáles de estas prácticas realiza habitualmente?
Elaboración: Ipsos Perú

Estas vulnerabilidades cobran relevancia frente a un entorno hostil: el 43% de la población ha enfrentado algún intento de fraude en el último año, principalmente a través de mensajes de texto o WhatsApp falsos (24%) y llamadas de personas que se hacen pasar por el banco (23%). De esa manera, la combinación de prácticas de seguridad frágiles,

exposición extendida al fraude y brechas de autonomía digital configura un ecosistema en el que la expansión de los canales financieros digitales, si no se acompaña de educación en seguridad, puede trasladar el riesgo hacia los usuarios menos preparados para gestionarlo.

FIG. 21. Victimización por fraude (%)



Base: Total de encuestados (1001)

FD4. En los últimos 12 meses, ¿ha sido víctima de alguno de los siguientes tipos de fraude o intento de fraude?

Elaboración: Ipsos Perú

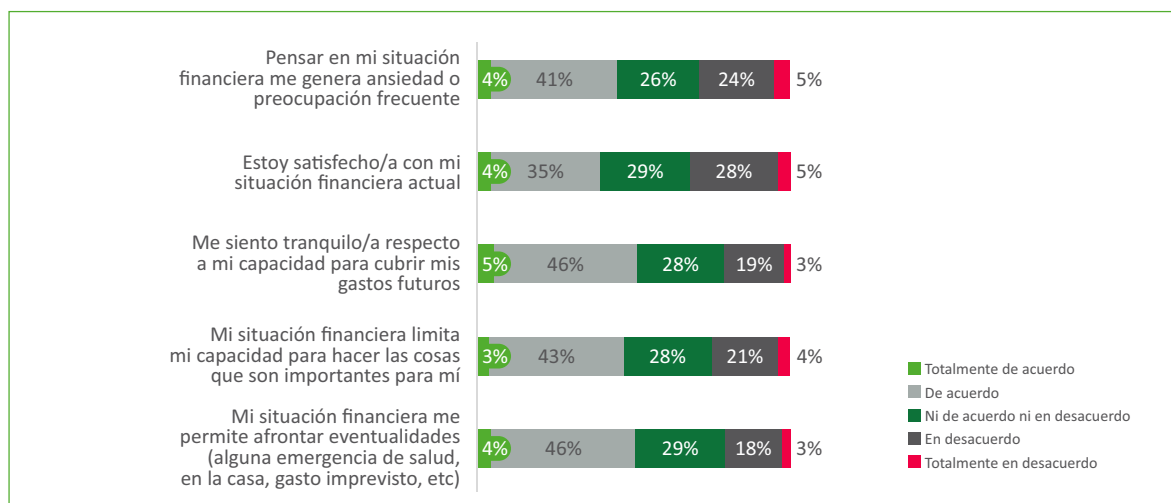
5. Bienestar financiero

El bienestar financiero es uno de los resultados centrales que buscan explicar las capacidades financieras. Se entiende como el estado en el que una persona puede cumplir sus obligaciones corrientes, sentirse segura respecto de su futuro y disponer de margen para tomar decisiones que le permitan disfrutar de la vida (OECD, 2020). Los resultados muestran niveles limitados de bienestar financiero en el Perú. Más de la mitad de la población (55%) describe su situación financiera actual como regular, lo que significa que sus ingresos alcanzan solo para cubrir los gastos básicos, sin margen para ahorrar ni para afrontar imprevistos. Solo el 28% la califica como buena o muy buena, lo que implica capacidad de ahorro y un margen de reserva para imprevistos, mientras que el 14% reporta una situación mala o muy mala, en la que resulta difícil cubrir incluso lo esencial.

La experiencia predominante, por tanto, es la de vivir al día.

La percepción del bienestar confirma esta fragilidad a lo largo de sus distintas dimensiones. Menos de la mitad de la población (39%) se declara satisfecha con su situación financiera actual. A ello se suma que apenas la mitad se siente tranquila respecto de su capacidad para cubrir sus gastos futuros (51%) o considera que su situación le permite afrontar eventualidades como una emergencia de salud (50%). El costo emocional, además, es elevado. El 45% siente ansiedad o preocupación frecuente al pensar en sus finanzas y el 46% percibe que su situación financiera limita su capacidad para hacer las cosas que son importantes para su vida.

FIG. 22. Percepción del bienestar financiero (%)



Base: Total de encuestados (1001)

B2. Ahora le leeré algunas frases. Por favor indíqueme, usando una escala del 1 al 5, donde 1 es 'totalmente en desacuerdo' y 5 es 'totalmente de acuerdo' ¿Qué tan de acuerdo está con las siguientes afirmaciones?

Elaboración: Ipsos Perú

La tenencia de productos financieros matiza esta percepción, aunque no la revierte. La satisfacción con la situación financiera sube de 29% entre los no bancarizados a 42% entre los bancarizados, y la sensación de tranquilidad frente a los gastos futuros sigue el mismo patrón. Sin embargo, en la ansiedad frecuente y la percepción de que las finanzas limitan la vida, no se observa diferencias entre ambos grupos. Dicho de otro modo, contar con un producto financiero no implica, por sí mismo, bienestar; este depende, más bien, de las condiciones materiales y de las capacidades que la mera tenencia de productos no asegura.

El malestar se concentra en los segmentos ya rezagados en el resto del análisis. La situación mala o muy mala es más frecuente entre los adultos de 43 años a más, la población rural, los niveles socio-económicos más bajos, quienes trabajan de manera informal y los no bancarizados. Esta distribución resulta coherente con un contexto de alta informalidad laboral y escasa protección social, donde ingresos bajos y volátiles mantienen a una parte importante de la población viviendo al día, sin margen para construir un colchón que la resguarde ante la adversidad (García et al., 2020).

VII. Conclusiones

La mayor tenencia de productos financieros no siempre se traduce en mayor bienestar financiero

El 76% de la población peruana cuenta al menos con un producto financiero, impulsado por la adopción masiva de billeteras móviles; sin embargo, solo el 21% comprende el interés simple y el 37% el interés compuesto. Esta brecha es problemática porque conceptos como el interés y el costo del dinero son necesarios para evaluar créditos, comparar alternativas, anticipar pagos futuros y evitar decisiones que pueden derivar en sobreendeudamiento. Así, la tenencia de un producto financiero no garantiza, por sí sola, que las personas cuenten con las herramientas para usarlo de manera informada.

Los peruanos desaprueban una evaluación básica de conocimientos financieros

El puntaje promedio nacional de conocimiento financiero alcanza apenas 9 puntos sobre 20, por debajo del umbral de aprobación de 11 puntos utilizado como referencia en el análisis. La población peruana, en promedio, desaprueba una evaluación básica de conocimientos financieros. Además, el puntaje aumenta con el nivel socioeconómico y la educación, lo que sugiere que el conocimiento financiero no se distribuye de manera homogénea, sino que reproduce desigualdades previas de formación, ingresos y oportunidades. Las brechas son marcadas según ámbito geográfico (9.74 en urbano frente a 6.25 en rural) y bancarización (9.89 entre bancarizados frente a 6.14 entre no bancarizados).

El aprendizaje financiero es autodidacta y por necesidad

El 45% de los peruanos aprendió a manejar su dinero por experiencia propia y el 24% a través de su familia; en contraste, apenas el 5% lo hizo en el colegio o la universidad y solo el 2% a través de una

entidad financiera. Además, cerca de 4 de cada 10 clientes perciben que su proveedor de servicios financieros no les explica con claridad los costos y condiciones de sus productos. La educación financiera recae así, en gran medida, sobre el individuo y su entorno cercano, con una participación limitada tanto del sistema educativo como de las entidades financieras.

Las brechas territoriales, laborales y generacionales atraviesan toda la relación con el sistema financiero

Mientras que la tenencia de billetera digital es del 74% en el ámbito urbano, solo llega al 32% en el ámbito rural. Las diferencias laborales también son marcadas: entre trabajadores formales, la tenencia de tarjeta de débito alcanza 64%, frente a 28% entre informales; la cuenta sueldo llega a 43% frente a 6%; y la CTS a 36% frente a 3%. A ello se suma una brecha generacional: los jóvenes muestran mayor familiaridad con herramientas digitales, pero están expuestos a riesgos de seguridad, mientras que los adultos mayores enfrentan mayores necesidades de ayuda para operar canales digitales, especialmente en operaciones financieras digitales.

La resiliencia financiera es frágil

Menos de la mitad de la población ahorró durante los últimos doce meses, una proporción similar al 42% registrado en Chile, pero considerablemente inferior al promedio del 69% observado en los países de la OCDE (OECD/INFE, 2020). Además, el ahorro se concentra predominantemente en mecanismos no bancarizados. Este patrón es consistente con evidencia previa que muestra que, entre los peruanos, el ahorro responde principalmente a motivos precautorios, más que a la planificación de objetivos financieros de largo plazo (García et al., 2020). Sin embargo, esta práctica no parece traducirse en una capacidad efectiva para enfrentar

emergencias: solo el 26% afirma que recurriría a sus propios ahorros ante una emergencia de S/1,000 y el 37% señala que no podría cubrir sus gastos durante un mes si dejara de percibir ingresos. La fragilidad es mayor entre quienes se encuentran en posiciones laborales más vulnerables: la posibilidad de recurrir a ahorros propios es bastante más alta entre trabajadores formales (43%) que entre informales (25%) o personas que no trabajan (12%). Asimismo, el 41% declara no tener deudas, dato que no necesariamente refleja solidez financiera: en un contexto de baja tenencia de productos crediticios, también puede expresar dificultades para acceder al crédito formal.

El ecosistema financiero digital expone a los usuarios a nuevos riesgos

El 43% de los peruanos ha enfrentado algún intento de fraude, principalmente por mensajes y llamadas falsas. Al mismo tiempo, las prácticas de seguridad digital presentan debilidades: 45% usa contraseñas fáciles de recordar y solo 27% cumple con las tres buenas prácticas evaluadas. Esta vulnerabilidad no afecta a todos por igual: mientras los usuarios más jóvenes adoptan con mayor facilidad las herramientas digitales, los adultos de 43 años a más concentran una mayor necesidad de ayuda para operar productos financieros digitales.

El bienestar financiero es un desafío pendiente

Solo el 28% reporta una situación financiera buena o muy buena, mientras que el 55% la describe como regular, es decir, una situación en la que los ingresos alcanzan justo, pero con poco margen para ahorrar o afrontar imprevistos. A ello se suma que el 45% experimenta ansiedad financiera frecuente y el 46% siente que su situación financiera limita su capacidad para hacer cosas importantes en su vida. Se trata, además, de un malestar transversal: en estos indicadores no se observan diferencias significativas entre quienes cuentan con productos financieros y quienes no. El bienestar financiero descansa sobre un conjunto de capacidades que hoy requieren desarrollo: un conocimiento frágil de los conceptos

que gobiernan las decisiones cotidianas, prácticas de gestión del dinero poco sistemáticas, una baja capacidad de respuesta ante imprevistos y una cultura de aseguramiento incipiente. Fortalecer estas dimensiones constituye la agenda inmediata.

Implicancias de política

Los hallazgos sugieren complementar las políticas orientadas a ampliar la tenencia de productos financieros con estrategias centradas en el fortalecimiento de capacidades. Además, sugieren que las estrategias orientadas exclusivamente a transmitir conocimientos podrían tener efectos limitados si no se acompañan de mecanismos que faciliten cambios en comportamientos financieros y reduzcan las restricciones estructurales que enfrentan los hogares. Dado que la evidencia más reciente respalda la efectividad de intervenciones bien diseñadas y focalizadas (Kaiser & Lusardi, 2024; Frisnacho et al., 2021), de los resultados se derivan varias prioridades de intervención:

- **Educación financiera práctica y focalizada.** El diagnóstico identifica con precisión dónde están las brechas y en qué segmentos se concentran: población rural, trabajadores informales y hogares de menor nivel socioeconómico. Además, existe un elevado interés declarado por la población por aprender a invertir, presupuestar y ahorrar, que sugiere una demanda latente antes que una resistencia al aprendizaje. Un punto importante a considerar es que las charlas breves y los talleres únicos son los más propensos a no dejar huella, mientras que programas de mayor carga horaria, sostenidos en el tiempo o con refuerzos periódicos, son los que muestran efectos persistentes (Kaiser & Lusardi, 2024).
- **Responsabilidad de las entidades financieras en la explicación de conceptos financieros.** Los hallazgos revelan una falla en el punto de contacto donde la información sería más útil: el momento mismo de la contratación. Este vacío alimenta la desconfianza de la población y desincentiva un uso más profundo del sistema. Cubrir este vacío

exige elevar los estándares regulatorios de transparencia y claridad. Ello supone regular el diseño de la información (formatos comparables, costos totales expresados en términos inteligibles, alertas en los puntos de decisión).

- **Seguridad digital como componente integral de la relación con el sistema financiero.** La billetera móvil se ha convertido en la puerta de entrada al sistema financiero, por lo que la velocidad de su adopción debe acompañarse del desarrollo de las competencias que su uso seguro exige. Esto implica que la formación en seguridad debe incorporarse en el propio proceso de adopción del producto. La focalización debe atender dos perfiles opuestos que el diagnóstico identifica con claridad: los jóvenes, que adoptan la tecnología con soltura, pero desconocen sus riesgos, y los adultos mayores, que enfrentan mayores barreras de autonomía digital y requieren más asistencia para operar canales financieros digitales. Son dos problemas distintos que requieren dos respuestas distintas.
- **Fortalecimiento del ahorro formal y el aseguramiento.** Si el ahorro peruano es precautorio, los

productos financieros deben ofrecer seguridad y flexibilidad (García et al., 2020). Es decir, la certeza de poder disponer del dinero en el momento en que la emergencia ocurra. Productos con penalidades por retiro anticipado, montos mínimos elevados o plazos rígidos no fracasan por desconocimiento del usuario, sino porque no están alineados con el motivo que efectivamente lo lleva a ahorrar en un medio formal. Del mismo modo, la débil cultura de aseguramiento sugiere priorizar productos de protección simples, comprensibles y de bajo costo.

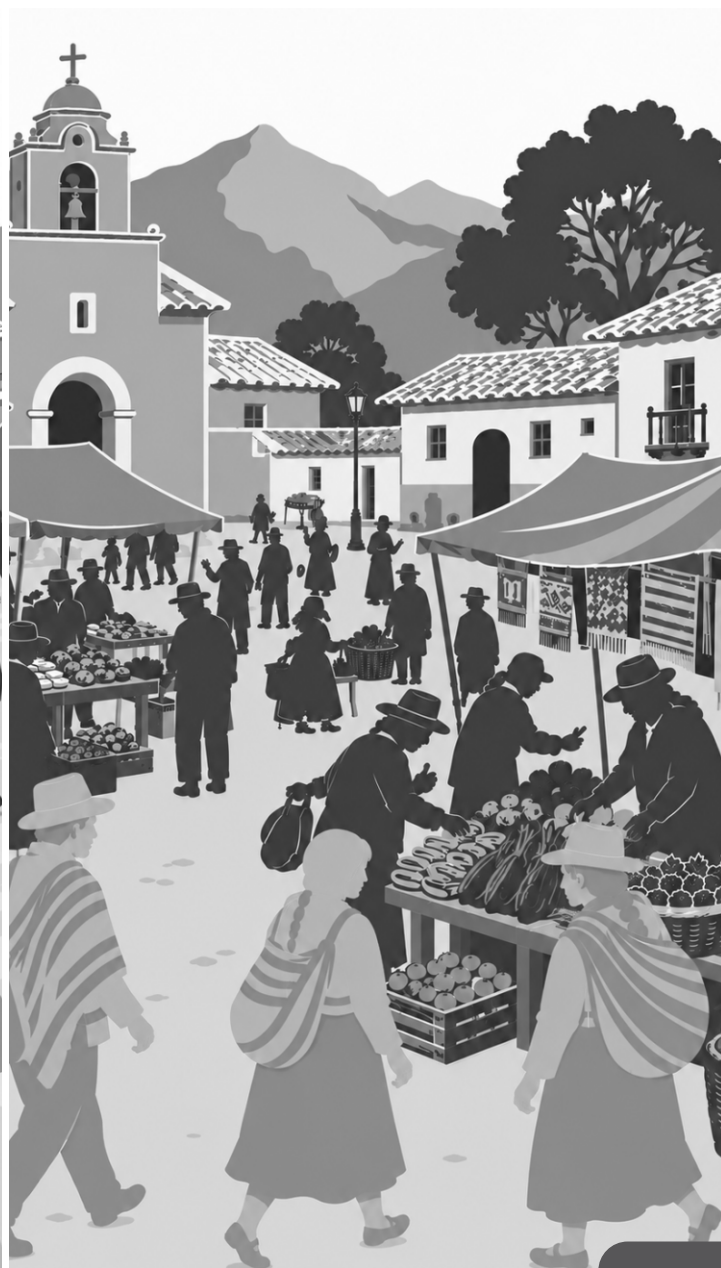
En conjunto, los resultados sugieren que la agenda pública no debería limitarse a ampliar la tenencia de productos financieros ni a transmitir conocimientos de manera aislada. El desafío es construir una relación más útil, segura y sostenida entre las personas y el sistema financiero, articulando educación práctica, productos adecuados, transparencia, seguridad digital y estrategias diferenciadas para los grupos más vulnerables. Solo así las capacidades financieras podrán traducirse en mayor resiliencia y bienestar financiero.

VIII. Referencias bibliográficas

- Atkinson, A., & Messy, F.A. (2011).** Assessing Financial Literacy in 12 Countries: An OECD Pilot Exercise. OECD Discussion Paper 01/2011-014.
- Atkinson, A., & Messy, F.A. (2013).** Promoting Financial Inclusion through Financial Education: OECD/INFE Evidence, Policies and Practice. OECD Working Papers on Finance, Insurance and Private Pensions, No. 34.
- CAF-CMF (2023).** Capacidades Financieras en América Latina: Chile 2023 / Encuesta de medición de capacidades financieras.
- Cámara, N., & Tuesta, D. (2014).** Measuring Financial Inclusion: A Multidimensional Index. BBVA Research, Working Paper N° 14/26.
- Credicorp (2025).** Índice de Inclusión Financiera de Credicorp 2025. Cinco años de evolución: el impulso digital y desafíos en América Latina.
- Demirgüç-Kunt, A., & Klapper, L. (2012).** Measuring Financial Inclusion: The Global Findex Database. World Bank Policy Research Working Paper 6025.
- Frisancho, V., Herrera, A., & Prina, S. (2021).** Can a Budget Recording Tool Teach Financial Skills to Youth? Experimental Evidence from a Financial Diaries Study. IDB Working Paper Series N° IDB-WP-1275.
- García, A., Santillán, R. & Sotomayor, N. (2020).** Determinantes del ahorro voluntario en el Perú: Evidencia de una encuesta de demanda. SBS Documento de trabajo DT/01/2020.
- Kaiser, T. (2024).** Financial literacy and financial education: An overview. GFLEC Working Paper Series WP 2024-2.
- Klapper, L., Lusardi, A., & van Oudheusden, P. (2015).** Financial Literacy Around the World: Insights from the Standard & Poor's Ratings Services Global Financial Literacy Survey.
- Lusardi, A., & Mitchell, O. S. (2011).** Financial literacy around the world: an overview. Journal of pension economics & finance, 10(4), 497-508.
- Miller, M., Reichelstein, J., Salas, C., & Zia, B. (2015).** Can You Help Someone Become Financially Capable? A Meta-Analysis of the Literature.
- OECD (2020).** OECD/INFE 2020 International Survey of Adult Financial Literacy.
- OECD (2021).** Digital Delivery of Financial Education: Design and Practice.
- Talledo, J., Sotomayor, N., Talledo, J., & Wong, S. (2018).** Determinantes de la inclusión financiera en el Perú: Evidencia Reciente. SBS Documentos de Trabajo DT/06/2018.



Bienestar Financiero en Perú



Cómo los
peruanos
entienden,
administran
y viven sus
finanzas